

## Terapia de shock instintivo

Los primeros indicios que mostraste aun siendo un bebé de apenas días de vida pasaron desapercibidos por el entusiasmo intrínseco de unos padres primerizos. Años después, cuando un especialista diagnosticó tu enfermedad como “autismo infantil” hizo hincapié en mostrarnos aquellos gestos que no habíamos sido capaces de identificar en su momento: el día en que tu prima Laura quiso enseñarte a jugar a ser leones y tú no fuiste capaz de traspasar la realidad con tu imaginación, las repetidas noches en que llevabas a cabo tu ritual antes de acostarte (¿quién diría que dar tres vueltas alrededor de la cama eran signos de autismo?), los continuos canturreos imitando anuncios que acababan de televisar... Esos pequeños detalles que eran muestra de tu incapacidad para relacionarte con el entorno de un modo similar al resto de niños, ese filtro peculiar con que tu corazón late en la vida. Nos sorprendían tus ojos perdidos en la atmósfera, la falta aparente de afecto ante los constantes mimos, el silencio de tus miradas. De tus palabras. Yo intuía que había múltiples verbos en carne viva arañando tu interior pero que no eras capaz de expresarlos. Te entiendo: muchas veces es complicado.

Con los años, fuimos comprendiendo que te ocurría. Un trastorno, posiblemente de origen neurológico, que impedía que socializases como el resto de las personas y que era parte de ti y, por tanto, de nosotros. Papá y yo nunca hemos lamentado aquel diagnóstico porque, como confirmó el tiempo, eres incluso más especial y maravilloso de lo que habríamos logrado concebir cuando confirmamos mi embarazo.

Como no me gusta llamarlo “enfermedad” (al fin y al cabo el autismo es sólo un rasgo más de tu personalidad) voy a dejar de hacerlo, porque ni tú ni yo necesitamos usar los términos médicos e impersonales para entendernos. Quizás no seas consciente de ello, pero ese mimetismo tuyo ante los acontecimientos, el miedo tan sincero que nunca has tratado de ocultar y la inocente inteligencia con que nos argumentabas tus motivos para, por ejemplo, no ir al colegio algún día, han hecho que todos los que estamos a tu alrededor creciésemos como personas, que nos percatásemos de los detalles insignificantes que la monotonía nos difumina y que solo tú eres capaz de observar. Porque cuando abrazas a alguien, lo haces porque tu sangre está palpitando de amor y no por compromiso, y eso es algo que, cariño, no mucha gente es capaz de hacer. Las estereotipias y demás son algo totalmente secundario.

Decidimos animarnos con nuevas terapias que ayudasen a paliar tus miedos y la falta de medios que a veces mostrabas a la hora de socializarte. Queríamos, ante todo, que fueses capaz de superarte a ti mismo con nuestra ayuda pero, sobre todo, con tu propio valor y constancia. Por eso la terapeuta, Marina, nos habló de una nueva posibilidad que en seguida nos llamó la atención: una mascota.

Yo, que siempre había sido una entusiasta de los animales, esboqué tal sonrisa que tu padre tuvo que recordarme que debíamos escuchar en qué consistía este proceso antes de comprar una correa, así que dejamos que Marina nos explicase con su idioma de experta en patología psicológicas nos convenciese de que era una opción estupenda. Y así llegamos al día en que las patitas de Carro correataron por primera vez en nuestra casa.

Por aquel entonces tú tenías 7 años, y el nombre original del cachorro de schnauzer con el que llegamos a casa, Curro, no te pareció demasiado apropiado así que se lo cambiaste de modo determinante por "Carro". ¡Cualquiera te diría que no con esos ojos miel con epifora de entusiasmo!

Así que Carro. Porque así lo habías querido. Tu primera reacción fue acercarte con cautela, sin temor pero con la distancia necesaria para demostrar que no querías hacerle daño ni que él te lo hiciese a ti. El perrito, juguetón, en seguida quiso apoderarse de tus rodillas, por lo que saliste corriendo. Me asustó esa tontería porque pensé ¿y si nos hemos equivocado?, pero Marina estaba ahí al lado para decirme "tranquila, es una reacción completamente lógica, es cuestión de adaptación". Y entonces suspiré levemente, evocando en mi memoria un futuro que en ese momento era inexistente pero esperanzador. Una hora después saliste de tu escondite (habías declarado el hueco debajo de la mesa como tu trinchera irremplazable) y te acercaste de nuevo a Carro, que jugueteaba con un muñeco que le habíamos comprado para evitar que, en algún despiste, cogiese alguno de tus juguetes y eso pudiese molestarte (sin embargo, siempre respetó tus pertenencias). Esta vez el perrito se quedó sentado sobre sus patas traseras, observándote expectante y con el rabo tintineando. Aproximaste tus manos poco a poco hacia su hocico y lo acariciaste, con inocencia y paciencia. Con cariño. Tu padre y yo nos miramos. Y sonreímos.

Los días fueron pasando al son del cuentagotas que iban creando las expectativas. Parecía que todo progresaba según lo previsto: en seguida os encariñasteis el uno con el otro y, aunque los primeros días te mostrabas reticente a ser tú mismo quien amarrase su correa, te entusiasmaba llevarlo con papá y conmigo a pasear por el parque. Carro tenía un andar saltarín y una perspicacia en la mirada que enamoraba a cualquiera. El césped, los otros perros, las carreras, los ladridos juguetones... eran el pasatiempo preferido para los fines de semana. Un día recuerdo que te asustaste muchísimo cuando un Pastor Alemán quiso jugar con Carro y así lo expresó con gruñidos y pataleos, y nuestro pequeño cachorrito se atemorizó un poco. Entonces, y aún no se expresaba con exactitud la intensidad con que especialmente tú (y secundariamente yo) vivimos aquel instante: tenías cogida mi mano, como de costumbre cuando salíamos a la calle, supongo que por el miedo que podía suponer ese mundo exterior lleno de ruido y gente para ti. Pero en aquel momento me soltaste y, con pasos decididos, te encaminaste hacia donde nuestro perrito se estaba sintiendo amenazado.

-Carro, ven, no pasa nada. Sólo juega- dijiste con determinación.

La indiferencia de tus palabras me sorprendió, quizás porque entendí que para ti la lógica es algo ausente de sentimientos. Que tu mente es capaz de abstraer la realidad hasta sus últimas consecuencias y, además comenzabas a ser consciente de ello. Por fin lograbas llevar la iniciativa y había sido gracias a Carro. Si algo te resultaba siempre difícil a la hora de hablar era comprometerte con la semántica e identificar tus pensamientos para poder darles forma de palabras; solías hacer peticiones con vocablos sueltos y parecía casi imposible unir verbos con sustantivos de manera coherente. Sin embargo, y esto era algo que empezamos a notar en seguida, con Carro te mostrabas más dispuesto al lenguaje, y comenzabas a interesarte por ello. Cuando te propusimos (aconsejados por Marina y el educador del centro del que provenía Carro) que fueses tú quien enseñase las primeras órdenes al perrito, tuvimos cierto temor a que aquello

podiese irse de tus manos y entrases en algún episodio de pánico y angustia como antaño. Por suerte, cómo ya nos habían adelantado, Carro era un perro muy inteligente y no tardaba en asociar las órdenes con los premios. “Siéntate”, un huesito, “Dame la patita”, una caricia, “ven”, una pelota. Así funciona la jerarquía que ni tú ni Carro habíais establecido. Tú ordenabas, él cumplía, y con el tiempo esa seguridad fue trasportándose a tu subconsciente con la fluidez de la lluvia primaveral bajo la que correteabais ambos. En el jardín, creasteis una fortaleza a la que nosotros también estábamos invitados pero que, sin duda, te aportaba la seguridad que tanto necesitabas.

Dicen que la terapia asistida con animales es un gran avance dentro de la psicología; que mejora la comunicación verbal y no verbal, que evita estereotipias, que fomenta el aprendizaje y la socialización, que ayuda a mejorar la autoestima. Pues bien, más allá de todos esos beneficios intrínsecos, elegiría el efecto derivado de todo ello: que por fin tuvieses un amigo. Porque los niños no eran como tú y lo sabías, y aunque tratases de buscar un punto en común con todos ellos, era tan complicado que dolía, ¿verdad? Veías como el resto de tus compañeros de clase jugaban de mil maneras, se prestaban los lápices de colores y dibujaban margaritas. Tú, sin embargo, no entendiste porque el primer día de colegio la profesora os pidió todos los rotuladores para meterlos en una caja común y que todos pudieseis disfrutar de cada uno de los colores. No lo entendiste y esa noche, tumbado sobre la cama y dando palmadas sin sentido, me miraste fijamente a los ojos para preguntarme “¿Por qué me han quitado mis rotuladores? ¿He sido malo?”. Es complicado, ¿verdad?

El resto de niños entendieron en seguida que debían compartir porque así saldrían todos beneficiados, porque compartir con los demás suponía un sentimiento de complicidad subyacente que estaba uniéndolos en ese mundo extraño que es el colegio. Pero tú creías que te habían quitado tus rotuladores (y eso tenía que tener como causa algún error tuyo) en vez de que los habíais cedido a un bien común. Por eso estabas triste y repetías “He sido malo, he sido malo”. Se me rompió el corazón, incapaz de calmar tu dolor con argumentos que pudieses comprender.

Pero con Carro fue diferente. Era tu amigo, sí, y la amistad implica amor y generosidad, implica empatía y alejar el egoísmo, ese destructivo vacío que excluye a quien lo siente. Y compartías con él tus horas, el silencio e, incluso, el desayuno (¡por más que tratásemos de quitarte esa costumbre!). Con Carro aprendiste a relacionarte de verdad, quizás porque él nunca exigía explicaciones, o porque era diferente a todo lo que habías conocido, o porque te daba la patita si se lo pedías y siempre estaba dispuesto a salir a correr por el césped contigo. O porque era suave y dejaba que durmieses sobre su lomo.

La lealtad de un perro es algo que pocas veces podrás descubrir en un congénere, y tú lo sabías. A partir de aquí el progreso en mi memoria fue creciendo descontroladamente. Acudíamos al centro canino de vez en cuando para afianzar que todo iba bien, para recibir algunas pautas, pero solo con verte sonreír tan a menudo y tan sinceramente a papá y a mí nos bastaba para saber que el perrito había logrado con sus ladridos lo que no habríamos conseguido con años de la mejor terapia y fármacos. Recuerdo cuando eras más pequeño y cada noche te despertabas llorando, solo, sin más valor que para agitar la cabeza de un lado a otro. La angustia de tus ojos se describía en el margen de tus mejillas en forma de lágrima y entonces, nosotros, lo único que podíamos

hacer era sentarnos a tu lado, si nos dejabas, abrazarte, y esperar a que el miedo se calmase poco a poco. Fue increíble cuando llegó Carro y, una vez el vínculo que os unía era ya irrompible, dejar que él durmiese en tu cama. Entonces si alguna vez aún te despertabas en mitad de la noche, ya no llorabas e incluso podías llegar a dormirte sin avisarnos, porque Carro estaba ahí, a tu lado, protegiéndote y ofreciendo sus caricias.

-Mamá –decías-, si vienen fantasmas Carro ladra.

Y yo te contestaba que sí, claro que sí, cariño. Que los fantasmas no iban a venir pero que si lo hacían no te ocurriría nunca nada. Y entonces parecías entenderlo, y le acariciabas el hocico y él gemía con discreción. Era un placer saber que estabas tranquilo, que tus fantasmas y los de papá y míos estaban muy lejos porque Carro los ahuyentaba, porque teníamos el mejor perro guardián.

La única vez que nos “arrepentimos” de haber incluido al perrito en nuestras vidas fue cuando, teniendo él tres años, lo atropelló un coche en un descuido. Sé que para ti fue aún más difícil afrontar la situación porque, aunque se trató de un despiste, eras tú quien sujetaba su correa cuando de un tirón se liberó de ella y echó a correr tras una pelota. Fue algo totalmente imprevisible; Carro, como buen perro adiestrado, siempre había sido obediente y jamás mostró ningún intento de saltarse las normas que inconscientemente le imponía el hecho de tener unos dueños. Aquella vez, sin embargo, el ápice de locura y desobediencia que debía pulular aún por su sistema límbico se apoderó de Carro en forma de pelota que escapa hacia la carretera, y la suerte nefasta hizo que nuestro pequeño perrito sufriese las consecuencias. El magnetismo insomne del cemento paralizó el instante: un chirrido catastrófico que suena ahora en la memoria como el violín de esa canción de los planetas, mi grito ahogado, el resplandor desenfocado de un sol que atardece.

Y de repente: nada. Te quedaste paralizado en el sitio, observando con inaparente interés la escena. Carro había sido atropellado por un Citroen del que ahora se bajaba un hombre de mediana edad y un nerviosismo apropiado. Yo, que desde que naciste tuve como misión ser un pilar en tu vida, ser mamá, la fuerte, no supe cómo se suponía que debía comportarme en aquel momento. Por suerte, el griterío y la gente activaron mi sistema nervioso autónomo y me dirigí al lugar donde el perro yacía ensangrentado. Gimoteaba con la mirada fija en nada, con dolor y ausencia, porque, como nos explicaron después los veterinarios, se encontraba en un shock moderado que podría haber terminado con su vida. Las patas temblorosas hacían un intento de incorporación que no daba resultado, y entonces, aún con la inercia de la adrenalina, envolví a Carro en mi abrigo y mantuve la conversación de rigor con el conductor del coche. Se ofreció a llevarnos al veterinario más cercano, así que acepté y, reposando el cuerpo casi inerte del perrito en el asiento delantero, fui a buscarte. Porque todavía estabas quieto, rígido, combatiendo contra esa extraña combinación de tiempo y espacio que había querido confluír en el cuerpo de Carro contra aquel coche.

-Cariño, tranquilo. Vamos al veterinario para que curen a Carro- susurré entrecortadamente-. Se va a poner bien, ya verás.

Pero ni yo misma me creía esas palabras. El miedo pendía del mismo hilo que la respiración de nuestro pequeño perrito envuelto en el abrigo.

Estuvo hospitalizado durante una semana, una operación para solucionar el traumatismo sobre su fémur, fluidoterapia, lamentos, analgésicos, revisiones, cariños, fisioterapia, mimos, y, sobre todo, su mejoría. Durante aquel periodo de tiempo en que el perro aún estaba recuperándose y aún no conocíamos el pronóstico de sus lesiones, viviste por él, esperando pacientemente un indicio de que todo iba a salir bien. Papá y yo no sabíamos que hacer, ¿cómo se supone que debíamos reaccionar ante esa situación? Nunca nos habíamos enfrentado a un reto tan desconocido y complicado como era aquel riesgo, aquel miedo a la muerte. Dentro de lo que cabe, la rutina había querido que, hasta entonces, y aún a sabiendas de que podrían surgir situaciones cotidianas que para ti fuesen algo más complicadas, todo el tiempo la situación estaba bajo control. Papá y yo. Tú. Sobre todo tú. Pese a los miedos rutinarios y el mayor esfuerzo que debías hacer día a día, nunca antes la realidad había golpeado con tanta fuerza en nuestra casa.

Enfrentarse al daño, a la posibilidad de la muerte. Al miedo y la culpabilidad. No, desde luego que tuve pánico a no saber cómo ayudarte. ¿Y si aquello era demasiado para ti? ¿Y si no podías soportarlo?

Sin embargo, la fortaleza con que asumiste tu propio miedo y fuiste capaz de dominarlo nos sorprendió a todos. Marina dijo que jamás había visto a un niño con autismo capaz de mirar al presente y aceptarlo con tanta responsabilidad y sensatez. No habría ocurrido nada si, por el contrario, hubieses sucumbido al derrumbe: al contrario, me habría derrumbado contigo y juntos habríamos salido triunfantes de aquel pozo. Pero eres tan especial, tan fuerte y tan increíble que mientras esperábamos en la sala del veterinario durante la primera consulta, me miraste a los ojos, agarraste mi mano y dijiste “Tranquila mamá, ha sido mi culpa, pero no te preocupes, Carro se pondrá bien y me perdonará. Ahora habrá que cuidarle mucho.”

Sin habla y con el corazón tiritando de la conmoción y el susto, asentí, devolviendo el apretón a tu mano.

Tiempo después y con la evolución positiva del perro, entendí aquel arrebató de valentía y responsabilidad que mostraste. Nada más allá de lo estrictamente evidente: Carro te lo había inculcado. Durante vuestra vida en común habías visto a Carro afrontar los inconvenientes con prudencia, como cuando te maravillabas al ver cómo te recibía cada vez que volvías del colegio y te ofrecía la patita con timidez pero sin esperar nada a cambio. Si un día había suerte y le dábamos algún premio (¡cuánto le gustaban los huesitos de pollo!) agitaba el rabo con la misma intensidad que si no se lo dábamos, porque lo importante para él era que sonrieses al regresar y encontrarle, al comprobar que aquella amistad se renovaba diariamente y que continuabais creciendo juntos. Te protegía porque sabía que debía hacerlo, sin explicaciones, por instinto, sin sutilezas. Por algo más que un adiestramiento.

Como ya conoces el resto de la historia, me limitaré a explicarte porque te recuerdo ahora todo esto. Ya tienes 20 años y eres un chico guapísimo y responsable. Tienes amigos, intuyo por tus

sonrisas tontas que alguna chica especial y, sobre todo, la voluntad para superar todo aquello que se te pone por delante. Quizás hoy en día no seas tan consciente de lo difícil que fue para ti lograr la seguridad con que ahora te miras en el espejo y sonríes los fines de semana antes de salir por la noche, o la tranquilidad con que vas hasta la universidad todos los días. Quizás todo eso haya quedado como un vago estigma de tu pasado porque lo que importa es que ahora has superado muchos de los impedimentos que te puso el destino al nacer. Por eso, cariño, y a pesar de que tal vez me taches de madre pesada, de nostálgica o de pastelosa, quería recordarte cuanto quisiste a nuestro pequeño schnauzer llamado Carro porque Curro te resultaba más difícil de pronunciar. Evocar con un suspiro todos aquellos instantes en los que él perdura en tu mente, lo que aprendisteis jugando, la fuerza que te transmitió. No se debería privar a un niño del amor que solo puede encontrar en un animal. Ese límite impreciso que no entiende de especies pero si de caricias y que, con la intensidad de cien corazones latiendo, es capaz de traspasar las barreras del lenguaje, de la vida, y unir a un niño y un perro con un lazo que perdura sobre toda catástrofe. Supiste lo que era la lealtad porque aun cuando te enfadabas con Carro por haber sido malo, volvía a ti sin reproches. Aprendiste a hablar el lenguaje de los humanos con seguridad porque Carro te enseñó a comprender sus ladridos y gimoteos. Entendiste la responsabilidad porque, llevando su correa por el parque, era de tu estabilidad al tirar de la misma de lo que dependía el camino elegido.

Y tanto tiempo después, Carro ya no está entre nosotros, pero si su esencia y todo lo que aprendimos de él. La gratitud con que tu padre y yo te vimos progresar es algo que jamás pagaremos (ni con todas las chucherías que le dimos a lo largo de su vida) a nuestro perrito. Una mascota no es un privilegio que un niño puede recibir, es un fundamento. Mucho más que eso: más allá de los beneficios fisiológicos que establecen los estudios médicos sobre prevalencia de enfermedades y otras historias cotidianas, un perro es un regalo para un niño, y un niño es un regalo para un perro. Si algo debería imponerse como un deber de madre es asegurar que tu hijo aprenda a querer a los animales, a respetarlos, a ser mejor como ser vivo, como persona. Cuánto me alegro de haberte brindado ese derecho.

Mucho más allá que buscar la verdad dentro de la gente con psicología y endoscopias y conversaciones y para nada, el mundo debería pararse a pensar en el instinto, ese loco atributo que menospreciamos pero que, en realidad, nos mantiene con vida. Valorar ese aspecto de uno mismo resulta mucho más sencillo si la experiencia se comparte día a día con un perro, un gato o cualquier otra mascota que será una más entre un millón para el universo pero increíblemente especial para quien tenga el privilegio de acariciarle el hocico.

Compartir una vida. Menospreciar el desprecio. Aprender, como decía, del instinto. De la falta de moralidad hipócrita de la que a veces pecamos las personas. Cribar el miedo, los delirios.

Gracias a Carro comprendiste como superar el reto que suponía (y nos supone a todos) vivir por ti mismo. Así que sonrío: en los recuerdos aún se escuchan sus ladridos.

*Seudónimo: Lampreilla*